

«abajo los impuestos»; y siguiendo el orden progresivo de su salvaje libertad, concluirá por gritar «abajo los deberes!» «viva el derecho de insurrección!»

Al progreso del desorden es el bello ideal del orden revolucionario. Bajo este punto de vista, la situación se consolida. En las fábricas de Béjar y en las minas de Linares se fomenta la industria nacional; en el puente de Vadollano, en el de Vilches y en los ferro-carriles de Cataluña se protege el comercio; y en estos y en los hilos telegráficos de toda España se rinde culto a los adelantos de la civilización.

En Murcia el progreso llega a su apogeo. La fraternidad, una de las tres bellas palabras que forman el lema de la bandera republicana, se proclama a bayonetas, arrojando cuerpos mutilados, miembros palpitantes desde el puente al río, como cumple al cariño que tales hermanos se profesan.

Parece que la matanza ha sido horrible, que las víctimas se cuentan por centenares, que no ha habido cuartel ni misericordia, y que los radicales se mostraban muy contentos en el salón de conferencias.

El suceso no era para menos: el orden en Murcia había quedado asegurado, y la dinastía extranjera se consolidaba amasando sus cimientos con torrentes de sangre española.

Las noticias que se tenían de Béjar eran escasas y contradictorias. Todas, sin embargo, convenían en que también allí había corrido o estaba corriendo la sangre generosa de nuestros soldados y de los desgraciados a quienes se ha hecho creer que les asiste un perfecto derecho a sublevarse contra los poderes constituidos, a los que hace cuatro años se declaró beneméritos de la patria y se les tejieron coronas por otra indigna insurrección.

Quien siembra vientos...

El Gobierno se muestra satisfecho de las noticias recibidas en todo el día de ayer; pero si bien es cierto que los insurrectos son vencidos en cuantos puntos son alcanzados o atacados por nuestras tropas, no lo es menos que el problema de la quinta no está resuelto, que en todas partes se resisten los mozos a presentarse y que apenas se restablece el orden en un pueblo, se altera en el inmediato.

No ha cesado, pues, la gravedad de la situación, ni tiene motivos el Sr. Ruiz Zorrilla para creer que la dinastía se consolida, aunque haya entrado en el período de convalecencia.

A las noticias que en otro lugar damos sobre los sucesos de Murcia, tomadas de *El Imparcial*, añadiremos las siguientes que, sobre orden público, hallamos en *La Correspondencia*.

«En Matagorda hubo ayer una grave cuestión entre los operarios de dos fábricas, en medio de la cual se hicieron algunos disparos de arma de fuego. De Barcelona salieron fuerzas que restablecieron el orden inmediatamente, haciendo que los obreros volvieran a ocuparse de sus trabajos en las respectivas fábricas.

La cuestión fue de todo punto extraña á la política, y resultó solo de la rivalidad que parece existir entre unos y otros industriales.

—Las hostilidades de los sublevados de Béjar contra las tropas que guarnecen aquella ciudad, que principiaron ayer á las cuatro de la tarde, duraron algunas siete horas, dando por resultado varios muertos y heridos. Los federales, como ya hemos dicho, abandonaron la población, dirigiéndose probablemente, y según costumbre, hacia la sierra.

—Una carta de Granada dice que en Dúdar se ha formado una pequeña partida carlista.

—En Málaga hubo anoche una ligera alarma que fué sofocada á los pocos momentos.

A estas noticias pueden servir de amplísimo comentario las muy interesantes que consignamos en nuestro artículo titulado *La quinta en provincias*, al cual remitimos á nuestros lectores.

CRISIS MINISTERIAL.

Los diarios de anoche discurren acerca de la crisis ministerial de la manera que verán á continuación nuestros lectores.

La Época dice:

«Como sucede siempre que hay un hecho de fuerza, el ministerio va á verse imposibilitado de recoger y aprovechar las consecuencias de su victoria. Las noticias de *La Nueva España* eran fundadas: en el Gabinete va á abrir un portillo la salida del Sr. Gasset, y será un milagro si por ese portillo no se va todo el ministerio.

Si la retirada del Sr. Gasset es porque su conciencia no le permite secundar la funesta política exigida por los diputados puertorriqueños, nosotros tenemos la evidencia de que tras el Sr. Gasset, Sr. Córdova, Sr. Ruiz Gómez y Montero Ríos, cuyas opiniones en materias ultramarinas han sido siempre favorables al mantenimiento de la integridad. Y pasando de los hechos probables á los más ó menos novelescos, añadiremos que los suspicaces ven en estos barridos de crisis una prueba de las inteligencias de que estos días ha hablado el diario de la calle del Rubio, inteligencia á que no sería extraño el Sr. Ruiz Zorrilla, desahogado de poder conducir a puerto la comadreja nave del Estado. Lo curioso sería que este desahogamiento coincidiese con ilusiones de grupos que ni siquiera podrían llegar á llamarse ministerios-relampago: ¡tan rápida sería su desaparición!»

El Tiempo escribe lo siguiente:

«Se asegura que la resistencia patriótica del Sr. Gasset á las reformas en Ultramar ha causado ya su salida del ministerio.

Dos nombres de candidatos circulan: el Sr. Mosquera, que no creemos que acepte, y el Sr. Romero Girón, que no creemos que deje de aceptar.

—Se dice que la cartera de Ultramar ha sido ofrecida al Sr. Becerra, que fué demasiado lejos en sus exigencias.

La *Correspondencia* dedica al asunto estas líneas:

«El origen de los rumores de crisis esta tarde, con especial empeño extendidos en el salón del Congreso, se atribuye á las vivas gestiones que se practican para que se lleven á cabo las pedidas reformas en Ultramar, de que se tratará en consejo esta noche.

La *Política* va más adelante, pues opina que saldrá todo el ministerio.

«Esta, tarde dice, se ha hablado mucho en el salón de conferencias del Congreso de los adelantados que están los trabajos para la formación de un ministerio conservador, tan luego como, á fines de Diciembre, quede cumplido el precepto constitucional en que se establece que las Cortes han de estar reunidas cuatro meses al menos cada año.

Hasta se halla ya formada la combinación ministerial y se citan los nombres de los que han de formar parte de ella; pero como de aquí allá falta aún mucho tiempo y pueden ocurrir muchas cosas en esta tierra de lo imprevisible, de los grandes y de los vice-versas, no queremos citarlos, ni alarmar demasiado á los radicales y republicanos, lo cual sería peligroso en estos críticos momentos.

No podemos, sin embargo, dejar de decir, para los que echan de menos Gobiernos de resistencia, que el nuevo Gabinete, que no presidirá el duque de la Torre, será de mucho nervio, y que la cartera de Hacienda estará á cargo del eminente lingüista señor Gisbert.

Nuestras noticias están conformes con las de *La Época* y *La Política*; es decir, que creemos que la salida del Sr. Gasset y Artimo producirá la caída de todo el Gabinete.

Si, como parece cierto, el Sr. Gasset deja la cartera por no autorizar las reformas de Ultramar, no podemos menos de felicitarle, á fuer de adversarios leales, por su patriótica conducta.

INSURRECCION EN ZAMBOANGA.

Una carta de Manila, que tuvimos ayer á la vista, relata la sublevación de los presidarios acuartelados en el cuartel de Zamboanga, en número de unos sesenta, que sorprendiendo al oficial de guardia, al que asesinaron con dos cabos y un sargento, resistieron por tres veces el ataque de las escasas fuerzas del ejército y paisanos armados. A la cabeza de estos últimos se puso el administrador de rentas y algun otro empleado, logrando batir á los insurrectos, causándoles unos 50 muertos, teniendo que lamentar algunas bajas en las tropas y paisanos. Parece, según la carta á que aludimos, que habiendo oficiado al comandante general de la provincia y al comandante de marina, acudieron en socorro de los leales zamboanguenses; pero ya éstos habían conseguido dominar la insurrección.

En aquella ocasión se distinguieron un teniente de ingenieros que, con nueve hombres, contuvo á los amotinados, hasta que se armaron los habitantes y el administrador de rentas citado, que, como algunos, se puso á la cabeza de los zamboanguenses, que se han batido con extraordinario valor.

Entre los presidarios sublevados había algunos condenados por los sucesos de Cavite, que han tomado una parte muy activa en la insurrección, y aunque se cree que el movimiento no tenga ramificaciones, y por tanto que carece de importancia, es lo cierto que en esa apartada provincia ultramarina ha resonado el grito de «muera España»; grito que ha llevado la alarma á todo el Archipiélago.

¿Quién es responsable de cuanto ha ocurrido en Filipinas? La situación y nadie más que la situación, que con sus desastrosas medidas ha desprestigiado á la autoridad, que antes de la desastrosa revolución de Setiembre era acatada por todos los habitantes, sin excepción, de aquel Archipiélago, los cuales en cada castilla veían á un hombre de una raza superior.

Si después de tantas y tan lamentables escenas como la mala política de los hombres de la revolución ha producido, el Gobierno continúa su obra de destrucción, llegará día en que los españoles todos execrarán á los gobernantes á quien se debe el estado de intranquilidad y alarma en que se encuentran todas las provincias de esta desventurada Nación.

Medite el Gobierno la situación en que nos encontramos; y, si aun es tiempo, evite nuevos días de luto, tanto á los españoles peninsulares como á nuestros hermanos de las provincias de Ultramar.

De una carta que hemos recibido de Murcia, de fecha 27, tomamos los siguientes detalles sobre los sucesos de aquella capital.

«Son las diez y media de la mañana. Una descarga me trae la noticia de que los republicanos que se habían levantado en Miravete, pueblo de la sierra, distante legua y media y en Montegudo, por el Norte otra legua, habían bajado y entrado en el Barrio de esta ciudad. El puente los separa de ella. Otros han penetrado por las demás puertas y están levantando barricadas en San Pedro, la parroquia más central.

El fuego, que se rompió desde un principio, toma al medio día mayores proporciones. Nada sabemos. Todas las casas están cerradas; algunos pelotones recorren las calles dando vivas á la república.

Tenemos, según dicen, unos 600 hombres entre carabineros, Guardia civil y tropa de línea.

Son las cinco y el fuego continúa con la misma intensidad. A las siete disminuye. Se han roto sin duda las cañerías del gas; estamos á oscuras.

Día 27.—A las siete de la mañana se sienten descargas más nutridas.

En la torre de la catedral ondea la bandera nacional y está ocupada por la tropa.

Las nueve.—Sabemos que han abandonado los insurrectos las barricadas de San Pedro, quedando 60 prisioneros, que se encierran en el palacio episcopal.

Han sido completamente desalojados de la ciudad y transitan las gentes por las calles.

Se dice que los republicanos han tenido nueve muertos y once heridos. De las tropas, un capitán y un subteniente y varios soldados (pocos) heridos.

Son las doce y cuarto y entra el correo que estaba detenido desde ayer.

A pesar de ser los murcianos un misto de valencianos y andaluces, han peleado con bizarría.

Todo se debe al genio y serenidad de un Huertano, llamado Antonete Galvez, que es el jefe de los intransigentes. Con sólo 10 ó 12 hombres recorria ayer muy tranquilo las calles de la ciudad, diciendo á todos que no iba nada con nadie, si no con el Gobierno. «Nosotros vamos, decía, á la república y contra las quintas.»

Haciéndose cargo *El Correo Militar* del último ascenso á mariscal de campo que ha aparecido en la *Gaceta*, dice lo siguiente:

«Apoyado, sin duda, en el novísimo aforismo de que la antigüedad debe empujarse á contar por los números más altos en épocas de moralidad verdadera, el caudillo de Velletri acaba de conceder el empleo de mariscal de campo á un buen liberal que, siendo el núm. 243 en la escala de brigadieres, ocupaba el núm. 243 en la escala de brigadieres, habiendo recorrido los campos de Navarra infundiendo terror y espanto á los partidarios del régimen absolutista, pero no debe olvidarse que antes de tan ruda campaña obtuvo los empleos de teniente coronel, coronel y brigadier sin otras circunstancias, según dicen los murmuradores de oficio, que su próximo parentesco al hombre que simboliza en la España contemporánea aquella virtud inflexible del que se suicidó en Utica.»

A pesar de que el extracto que nos transmitió el telégrafo del dictamen de la comisión Kerdel, quita mucho interés á las noticias recibidas de Francia por el correo de ayer, creemos oportuno poner al corriente á nuestros lectores de lo que se decía y se pensaba en París, donde ya era conocida la actitud definitiva de los individuos de la comisión y de M. Thiers.

Según diciéndose que la minoría de la comisión Kerdel ha redactado un contraproyecto, que, según unos, es debido á M. Gauthier de Reumilly, y según otros á M. de Lasteyrie,

el cual será presentado en la sesión en que se ponga á discusión el dictamen de la mayoría.

Este rumor parece, no obstante, carecer de fundamento, pues el telégrafo nada nos ha dicho de semejante contraproyecto ó voto particular, si bien varios periódicos, no sólo insisten en ello, sino que aseguran que el voto particular lo firmaron los seis individuos de la comisión, proponiendo el nombramiento de un comité de 30 diputados que presentará á la mayor brevedad posible un proyecto de ley sobre responsabilidad ministerial, y sobre todas las reformas necesarias para asegurar la buena marcha del Gobierno de la república.

La *Liberté* del 26 al 27 asegura que es general la creencia de que M. Thiers no es tan opuesto como se supone al establecimiento de la responsabilidad ministerial, y apoya el proyecto de la minoría.

Las noticias más alarmantes circularon en París durante todo el día y toda la noche del 25. Los unos aseguraban que el haber venido monsieur Thiers á París el domingo último, para ver en qué estado se hallaban las obras de reconstrucción de su hotel de la plaza de San Jorge, significaba que estaba decidido á hacer dimisión y á retirarse á la vida privada. Los otros aseguraban que los diputados más influyentes de la derecha habían tenido una reunión, en la que se había convenido, para el caso en que M. Thiers abandonase el poder, nombrar á M. Thiers presidente de la Asamblea en reemplazo del actual jefe del Estado. Quéida decía que la derecha prefería encomendar al mariscal Mac-Mahon la dictadura por algunos meses, hasta que se hubiesen puesto de acuerdo orleanistas y legitimistas sobre la persona que había de ocupar el trono. Por último, se habló y se siguió hablando de Changarnier, de Ladmirault y de Canrobert como futuros jefes del poder ejecutivo.

También se aseguraba que la derecha de la Cámara tiene formado su Gabinete, para el caso en que se vote sólo la responsabilidad ministerial, siendo los individuos que deben entrar en ella el duque de Broglie, como ministro de Negocios extranjeros; el duque de Audiffret-Pasquier, Interior; M. Batbié, en la Justicia, y M. Desjardins, en reemplazo de Julio Simon. Los demás ministros, especialmente el de la Guerra, permanecerían en sus puestos.

El *Eco de Europa* publica las siguientes líneas:

«Recibimos cartas de Versalles escritas á las dos y media de la tarde. Nos dicen que es probable que en la sesión de esta tarde se lea el dictamen de la mayoría y el contraproyecto de las minorías. Reimba grande agitación en los corredores de la Asamblea. El Gobierno tenía cuidado de decir á sus amigos que todo se arreglaría; pero los diputados del centro derecho, y sobre todo de la derecha, aseguraban que era oficial. El mariscal Mac-Mahon estuvo anoche hasta más de las doce con M. Thiers.»

Finalmente, *La Liberté* dice, á última hora, que el 25 en la tarde se reunieron el centro derecho, la derecha y la extrema derecha en el mismo local, para oír la lectura del dictamen de los diputados de estas fracciones que componen la comisión Kerdel, acordando que el proyecto de la mayoría de la comisión sería apoyado en todos los extremos que aquel abraza.

Después de este acuerdo, no hay que dudar que todas las fracciones de la derecha de la Cámara han roto por completo con M. Thiers, cuya situación no es de las más lisonjeras, teniendo que apoyarse para obtener mayoría en la Cámara en el partido radical.

De una interesante carta de Pesth (Hungría), tomamos el siguiente párrafo:

«Después de algunos días de agitación, parece por fin que la tranquilidad quiere volver á entrar en las filas del Parlamento austro-húngaro. Uno de los individuos de la Asamblea lanzó contra el conde de Lonyay una acusación de la mayor gravedad, la de corrupción, á la que contestó el ministro con una calificación severa respecto al buen nombre del diputado acusado. Este desagradable incidente ha terminado, y en la sesión del 23 la Cámara de diputados dio á M. Lonyay un voto indirecto de confianza, al rechazar una proposición de un individuo de la izquierda, M. Simonyi, que reclamaba se presentasen todos los contratos hechos por el Gobierno con las sociedades concesionarias ó con particulares relativos á obras públicas. El conde Lonyay se ha comprometido á presentar todos estos contratos, con tal de que la comisión de presupuestos le dé su autorización.»

En prueba de la libertad de que se goza con el Gobierno republicano en Francia, basta decir lo que acaba de suceder al *Constitutionnel*, el cual recibió el 24 una atenta carta del director de telégrafos, manifestando que el telegrama dirigido á dicho periódico desde Versalles, la antevíspera, no había llegado á su destino, porque la dirección había tenido por conveniente no darle curso y que el importe del despacho le sería reintegrado al administrador del periódico.

La *Gaceta de la Alemania del Norte*, diario semi-oficial de Berlín, declara destituidas de todo fundamento las noticias publicadas por algunos periódicos, según las cuales el embajador de Alemania en Constantinopla Herr Von Kerdel iba á ser separado de un cargo y nombrado subsecretario de Estado en el ministerio de Negocios extranjeros en reemplazo de Herr Balan, que había sido llamado de Bruselas con este objeto.

La *Gaceta* añade que nada hay aún acordado relativo al nombramiento del subsecretario de Estado.

El mensaje del presidente de los Estados Unidos parece será muy extenso, y tratará principalmente de la política extranjera y de las relaciones de América con las demás potencias.

La comisión americana de Washington ha rechazado las reclamaciones de los súbditos ingleses por valor de 10 millones de pesos.

Escriben de Londres con fecha 26 del corriente que M. Jhon Bright ha dirigido una carta el día 22 al *Manchester Examiner*, en defensa del tratado de comercio anglo-francés.

Ha fallecido el marqués de Londonderry.

Acaba de llegar á París el conde de Schonvaloff, primer ayudante de campo del emperador de Rusia, y uno de los personajes más importantes de su nación.

La conferencia austro-alemana reunida en Berlín para examinar la cuestión social ha concentrado especialmente su atención en los con-

sejos que deben darse á los fabricantes, á fin de obtener de ellos que hagan justicia á las exigencias legítimas de los obreros, y en los que á estos deben también darse para desviarlos de las funestas doctrinas sociales; ocupándose al propio tiempo de la necesidad de crear ciertas instituciones especiales destinadas á asegurar el orden civil y basadas en la acción común del trabajo y del capital.

También ha adoptado la conferencia medidas protectoras en favor de los trabajadores, fijando el máximo de las horas de trabajo al día, la supresión del trabajo en el domingo, la protección de las mujeres y de los hijos durante el trabajo de las fábricas y la mejora de los reglamentos de estas.

Forman también parte de su sistema medidas destinadas á la elevación intelectual y moral de las clases obreras, por medio de la creación de escuelas, de bibliotecas y de la parte material, merced á asociaciones de alimentación, cocinas económicas, parques populares, establecimientos de licito recreo, cajas de ahorros y de seguros sobre la vida, sociedades para enfermos é inválidos, y medios de facilitar á los obreros la propiedad de las modestas casas que que habitan.

Para evitar también las frecuentes huelgas, se establecen jueces árbitros y tribunales de conciliación, y al propio tiempo se aconseja la adopción de medidas represivas contra los trabajadores que abusen de la libertad, y la prohibición de las coaliciones obreras, castigándose la suspensión no justificada de los trabajos y toda agitación socialista.

De un discurso pronunciado en la Asamblea francesa por M. Tallou defendiendo el proyecto sobre el trabajo de los niños en las manufacturas, resulta que el número de estos que hay en París trabajando en las fábricas ó talleres, asciende á 125,000, de los cuales más de 60,000 no reciben ningún género de instrucción.

LA QUINTA EN PROVINCIAS.

Las noticias que de provincias hemos recibido por el correo de ayer acerca de la quinta y de sus consecuencias, en nada disminuyen lo alarmante de la situación. El descontento es general y en la conciencia de todos está el que esto no puede durar.

En Valencia, según los periódicos de la localidad, continuó el lunes la declaración de soldados; pero los mozos siguen en su empeño de no presentarse, siendo esta resistencia pasiva más difícil de resolver de lo que parece. El lunes se levantaron otras tres partidas republicanas: una en las casas de Bárcena, otra en Manises y la última en las afueras. Esta última pasó el 20 por Ribarroja llevando unos 30 hombres.

Parece que dicha partida se presentó también en una masía que posee el diputado provincial Sr. Milán, al que exigieron las armas que en ella tenía, y se dice que iba hacia Villamarchante.

También corrió el mismo día la noticia del levantamiento de las gentes de la huerta, produciendo la alarma que era natural, y los sustos y carreras indisponibles.

La partida insurrecta que el domingo entró en Callera, se componía al llegar á la población de unos 60 hombres, á los que se agruparon otros tantos de aquel vecindario, destituyendo al Ayuntamiento y exigiendo algunas cantidades, aunque parece que no excedieron de unos 12,000 rs. lo que pudo recaudar de algunos particulares. Los sublevados formaron una junta revolucionaria, y no causaron vejaciones ni molestias al vecindario, dividiéndose en dos grupos, uno, que al amanecer del lunes pasó el río por el puente de barcas y marchó á sublevar los pueblos de la otra orilla, y el segundo, que estableció en Callera sus retenes, avanzadas y demás precauciones, fortificando la puerta de San Agustín con un viejo cañoncito que en aquel pueblo existe, para hacer salvas en los días de ciertas festividades. Parece que la partida que pasó el Júcar no consiguió entrar en Tabernes de Valldigna, de donde fue cortemente rechazada.

El *Mercantil* publica una carta de Sagunto en la cual se dice que en el encuentro de Cuart, la tropa tuvo un sargento, un cabo, tres soldados muertos y cinco heridos.

El 26 volvieron á correr rumores en Alcoy de que iba á regresar la fuerza, que salió el día anterior de aquel punto, pues los espíritus continuaban muy agitados, y á cada momento se temen nuevos desórdenes.

El *Diario de Zaragoza* nos da cuenta de una proclama que el domingo se repartió con profusión entre los zaragozanos. En ella se llama á los gobernantes traidores que abusan de la fe y lealtad de los republicanos. Es un documento curioso que recomendamos al Gobierno para que le sirva de consuelo en sus aflicciones.

Los republicanos sublevados en Torrealaguna pasan de 800, según afirman los periódicos. El martes se rompió el fuego entre dichos sublevados y las tropas reunidas de Murcia, Alicante y Cartagena. La mayor parte de los quintos de este último punto fueron á engrosar la partida.

Dícese que en la partida republicana de Galvez hay algunos militares de poca graduación.

Se nos asegura, dice el *Diario de Reus* del 27, por persona llegada el 26 por la tarde á Tarragona por la línea de Valencia, que en esta última ciudad, cuando él salió, estaba trabándose un reñidísimo combate entre la tropa y los paisanos.

Añadía además, según dicen, que la Guardia civil había sufrido bastantes bajas, y que poco antes de salir el tren, la caballería daba una tremenda carga (son sus palabras) de cuyos resultados no daba ningún detalle por haber salido el tren cuando aquella empezaba el ataque.

En Hospitalet tampoco se hizo la declaración de soldados con mucho orden. Los mozos de dicho pueblo se dirigieron á la casa Ayuntamiento, en donde quemaron la talla. Fueron después á alguno de los pueblos vecinos á fin de que les secundaran, pero no habiendo en ellos disposiciones favorables, desistieron de su intento y regresaron al pueblo.

La *Comisión de Barcelona* se expresa en estos términos respecto á la situación de aquella provincia:

«Ya tenemos en el camp» algunos republicanos de esta provincia. Según hemos sabido por varios conductos, el domingo próximo pasado fueron quemadas las listas en San Pedro de Riudevitlles, saliendo luego armados de la población 40 jóvenes, á los cuales se unieron 20 más de otro pueblo vecino.

El 25 se encontraron dos partidas, carlista la una y republicana la otra, en San Quintín de Mediona, y como la primera dierra el ¡quien vive! á la segunda, contestó esta «republicanos federales.» Acto continuo tuvieron una entrevista los dos jefes y pasaron luego á alojarse en una mitad de la población los unos y en la otra los otros.

El 26 corrían rumores de estar próximos á estallar otros movimientos republicanos.

La *Independencia* también refiere la última noticia del diario anterior; pero, como es natural, no sale garante de ella.

El alcalde de San Martín de Torruella, partido de Villafranca, se levantó en armas con varios vecinos de la población al grito de ¡viva la república federal!»

Con fecha 26 leemos en el periódico malagueño *El Correo de Andalucía* la siguiente noticia, que prueba la intranquilidad en que se vive en aquel país:

«Anoche á las nueve se produjo una gran alarma en la plaza de la Constitución. Intranquilos los ánimos desde la mañana del domingo, se hablaba de desórdenes más ó menos próximos, y con esta prevención no es extraño que al menor indicio ocurriera el lance referido.

Se cuenta que habían fijado un pasquin en la Plaza: uno se acercó á quitarlo, en cuyo acto sonaron algunos disparos de arma de fuego, causa bastante para que instantáneamente se produjesen numerosas carreras, cerrándose todos los establecimientos públicos de las calles afluente; la alarma cundió por toda la población, y poco después, hora en que escribimos estas líneas, algunos grupos corrían por Puerta Nueva, Postigo de Arance, dando gritos no sabemos en qué sentido.»

Confirmando después el mismo periódico esta noticia, añade:

«En la confusión y alarma ocurridas, parece que también fue herido más tarde el agente de orden público Manuel Fernandez de la Hoz.

La Guardia civil tomó algunas avenidas de la plaza y de su cuartel, con centinelas en las esquinas; también los había del ejército en la plaza de Riego.

El señor gobernador militar, recorrió de paisano algunas calles y la plaza, acompañado de varios jefes de la guarnición.

Los teatros no suspendieron sus funciones; pero á las ocho y media habían quedado casi desiertos.

Se dice que en la Aduna hay dos piezas de artillería, y que la guardia municipal se había constituido en San Agustín, donde se hallaban reunidos los alcaldes y algunos concejales.

En suma, á las once de la noche, la población quedaba al parecer silenciosa; pero la tranquilidad moral no se hallaba ni con mucho restablecida.

En Caseres se ha alterado el orden público, con motivo de la quinta.

En Granada no debe ocurrir nada bueno cuando *El Avisador Malagueño* dice lo siguiente:

«Se han dictado las órdenes consiguientes para que salgan de esta ciudad inmediatamente con dirección á la de Granada 300 carabineros, á cuyo punto ha marchado ya una compañía de la Guardia civil, que presta servicio en esta comandancia, como asimismo la quinta compañía de carabineros, que cubre la costa de la parte de Levante.»

El domingo, al constituirse el Ayuntamiento de Velez para hacer la declaración de soldados, se reunieron en una calle numerosos grupos, á cuyo frente iba un vecino de aquella ciudad apodado *Caracoles*, gritando ¡á las armas! hecho que produjo el natural tumulto. Acto seguido se personaron en el sitio del alboroto los individuos de la corporación municipal acompañados de varios serenos y dependientes del Ayuntamiento en unión de algunos nacionales, ante cuya presencia no tardaron en disolverse los grupos, habiendo sido capturado el cabecilla *Caracoles*, á quien se le ocupó una pistola de dos cañones.

Por consecuencia de aquel incidente se hicieron varias prisiones, y se recogieron algunas armas, continuando poco después las operaciones de la quinta, no sin haber pedido al Ayuntamiento fuerzas de carabineros al inmediato punto de Torre del Mar.

El juzgado respectivo entiende en el asunto.

Según *La Revolución Española*, en Sevilla sólo se han presentado á la declaración de soldados los mozos exentos que se consideraban libres. Los que por sus circunstancias no podían eximirse de ir al ejército, se reunieron en la alameda de Hércules, y á ellos debieron unirse parientes y amigos y aun no pocos curiosos, á juzgar por el número de los congregados.

Y añade el mismo periódico:

«Poco después de las dos de la tarde se pusieron todos en marcha, y en actitud pacífica se dirigieron á la plaza de la Constitución, como protestando contra el acto que se estaba realizando ó debia verificarse en el Ayuntamiento. Estando ya frente al palacio la Ciudad, no faltaron algunos discolos que propusiesen á la muchedumbre penetrar en el y romper las marchas y tal vez los documentos relativos al sorteo que se verificó en Abril, proposición que fué aceptada y se trató de llevar á cabo.»

El gobernador trató de impedir esto, situando fuerzas en la Audiencia y en el Ayuntamiento. Sin embargo, algunos de los que formaban la manifestación no tuvieron por conveniente contenerse, y arrojaron varias piedras á la fuerza armada. Esta, viéndose ya hostilizada, no tuvo más remedio que rechazar la fuerza con la fuerza, y tomar la ofensiva, aunque con bastante moderación por parte de la Guardia civil, cuyos individuos se portaron con excesiva prudencia, contentándose á amagar con las armas y á dispersar los grupos amenazando echarles arriba los caballos, y á todo esto sufriendo algunas pedradas. Los carabineros no tuvieron tanta paciencia, é hicieron uso de las armas, lo que dió por resultado unos cuantos heridos de bayoneta.

Al fin se consiguió despejar las plazas y calles próximas al Ayuntamiento, y dispersar completamente á la multitud; y á las cuatro de la tarde todo estaba ya tranquilo y en estado normal.

En Córdoba, como en la generalidad de las provincias, tampoco se presentaron los quintos, y la alarma que el domingo dominó en la población seguía en todo su auge, temiendo á cada momento trastornos y disturbios.

Por último, siguen á la orden del día las precauciones militares en Valladolid, y la gente tan asustadiza, que tuvieron anteayer que suspender el certamen literario en honor de Cervantes, y el baile del Circolo.

Terminaremos esta ligera reseña observando que si esta es la España que los revolucionarios han dado en llamar con honra, no entendemos una palabra de la significación de las voces castellanas.

FÁBRICA

DE SAN FERNANDO DE JARAMA.

Muchas veces nos hemos ocupado en las columnas de *El Eco* del lamentable estado de paralización en que se encuentra, hace ya años, la reputada fábrica de hilados, tejidos y estampados de algodón, sita en el inmediato pueblo de San Fernando de Jarama, cuna de nuestra industria algodonera y hoy condenada á perpetua quietud y á completa ruina. Por causas, de todos conocidos, por todos deploradas, que cada día toman incremento y se hacen más formidables é inevitables.

y edificios que son de la exclusiva propiedad de la empresa fabril, creando á ésta insuperables escollos, y obligándola á reclamaciones continuas, cuya resolución hace interminable la lentitud de las oficinas.

Por otra, en fin, la atrozada lentitud é ineficacia de los procedimientos judiciales, hace posible que el litigante temerario, apelando á los recursos de tan vicioso sistema, dilate por el tiempo que le convenga, aunque este sea más largo que la vida del individuo, la resolución definitiva de los negocios.

No há muchos días que asistimos á la vista de uno de los mil incidentes promovidos por el señor marqués de Casa-Riera contra la dirección de la fábrica de San Fernando, de la que es uno de los socios fundadores; y oímos con el mayor asombro á los letrados que concurrían á aquella, la peregrina afirmación de que el presupuesto anual de dicho señor marqués, para los pleitos pendientes contra la fábrica citada, únicos que tiene en Madrid, según confesión de sus mismos defensores, asciende á la enorme suma de veinte mil duros.

Veinte mil duros! Mientras esto sea posible en los procedimientos judiciales, la industria, el comercio, la agricultura, la riqueza individual y colectiva, estarán siempre á merced del más rico, del más testarudo ó del más influyente y contumaz enemigo de nuestra industria.

Concretándonos al caso particular que nos ocupa, deseamos sinceramente que queden terminados los 160 litigios creados, según tenemos entendido, y que cuentan ya 35 años de fecha, y lo deseamos por ver de nuevo funcionando ese monumento de la industria algononera, cuya inmensa maquinaria sólo espera la orden de la sociedad fabril, para inundar, como en otro tiempo, á Castilla de sus ricos productos, y ser como entonces instructivo refugio para el obrero necesitado.

Ya este gracioso establecimiento dió muestras de sus adelantos en las varias exposiciones públicas que se han verificado en esta corte y hoy pudiera figurar en primera línea con sus muselinas y otros tejidos finos de algodón en la próxima Exposición de Viena, lo que sería un lauro para el Gobierno español, que podría dar á conocer el adelanto en Castilla de nuestra industria algononera.

Como, pues, el Gobierno, protector nato de la industria nacional, no toma parte y pone término á una contienda tan ruinosa para los intereses industriales?

A ello ha sido excitado muchas veces por la prensa, y debiera serlo más por el verdadero patriotismo, amante siempre del fomento de nuestra industria y riqueza nacional.

A las ocho de la mañana del miércoles fondeó en el puerto de Cádiz, procedente de la Habana, el vapor-correo *Guadalupe*, conduciendo la correspondencia pública y de oficio, y ocho pasajeros.

Según *La Correspondencia*, el general Baldrich, tan luego como entregue el mando á su sucesor Sr. Gamini, vendrá á Madrid á conferenciar con el Gobierno.

Algunos diputados de la mayoría se proponen presentar al Congreso una moción especial para que se reforme el art. 606 del Código penal con objeto de evitar las perjudiciales consecuencias que se siguen á la propiedad por la lentitud actual en la represión del delito de hurto.

El precio de los granos en el mercado de ayer fué el siguiente: la fanega de trigo, de 11 á 12'75 pesetas, y la de cebada, de 5'25 á 6'12 idem.

Se ha dirigido una circular á los gobiernos de provincia para regularizar el servicio de registro de extranjeros.

Han sido restablecidas las comunicaciones entre Málaga, Córdoba y Granada.

Se ha dispuesto que el correo de Castilla salga de Oviado á las doce de la noche, en vez de las cinco de la mañana, con objeto de que entronque con el ferrocarril en la estación de Busdongo.

Desde anoche habrá quedado transitable el paso de Despeñaperros, haciéndose un trasbordo de 600 metros para los viajeros y de un kilómetro para los equinos.

Desde el 1.º del mes próximo parece que se encargará de la dirección del *El Universal* el Sr. Calvo Asensio.

SEÑALAMIENTOS PARA HOY.—Tesoraría central.—Cuentas de billetes del Tesoro, intereses del cuarto trimestre de 1.º de Setiembre, facturas núms 21 al 58. Caja de Depósitos.—Intereses de resguardos al portador, segundo semestre de 1871, carpetas números 3.875 á 3.900 de señalamiento.—Id. id. primer semestre de 1872, bola 62 de sorteo, carpeta 501 á 510 de señalamiento.

SECCION OFICIAL

(Gaceta de ayer.)

Por el ministerio de la Guerra se publica el siguiente extracto de los despachos oficiales recibidos hasta la madrugada del día de hoy acerca de las insurrecciones federal y carlista:

Valencia.—Los insurrectos federales de la provincia de Murcia que en crecido número, y aprovechando la salida hacia la sierra de una columna que se formó en aquella ciudad, penetraron en ella por quedar un escaso número de soldados, fueron, no obstante, rechazados con bravura, sin que pudieran pasar del barrio extramuros al puente. Reforzado el comandante militar de aquel punto coronel D. Benito Rubido con la columna Alandese, compuesta de unos 300 hombres, se les han tomado todas sus posiciones, batiéndolos completamente y arrojándolos de la ciudad, dejando en poder de las tropas algunas armas, banderas y prisioneros.

Llegado después el batallón cazadores de Barcelona hizo 50 prisioneros y se halla aquella población completamente tranquilizada, y disponiéndose fuerzas convenientes para la persecución y completa extinción de esa insurrección.

Andalucía.—La república republicana de Arcos de la Frontera, capitaneada por Carrasco, y compuesta de unos 300 hombres, se posesionó del pueblo de Ubrique; y atacada con decisión por 110 infantes y 40 caballos, al mando del coronel graduado D. Emilio Gurtea, ha sido batida completamente y puesta en fuga, separándose en diversos grupos, quedando en poder de las tropas 43 caballos, algunos individuos prisioneros, armas, banderas y otros efectos de guerra.

La insurrección de Linares puede también considerarse terminada, pues á la sola aproximación de una fuerza de caballería que intentaba circunvalarlo evacuaron el pueblo llevándose de 12 á 16.000 duros, y se han puesto en completa huida, yendo en su seguimiento fuerza del ejército.

Cataluña.—El general Andía ha batido el 26 en las inmediaciones de Alpin á las facciones de Castells, Camps y Molins, causándoles dos muertos y un herido.

En todos los demás puntos de la Península las operaciones de guerra siguen con regularidad, y se destruye la tranquilidad.

Por decreto del ministerio de Gracia y Justicia, de 16 de Noviembre, en consideración á los méritos del difunto brigadier D. Antonio María Quadras y Alonso se hace merced de título del reino, con la denominación de «conde de Santa Encarnación, con Gran Cruz de España de primera clase», á favor de su hija única Doña María del Carmen Quadras y Romero para sí, sus hijos y sucesores legítimos.

Por otro de la misma fecha se rehabilita el título de «conde de Castillas de Velasco», concedido á uno de sus predecesores, haciendo nueva merced del mismo á Doña María Josefa Ruiz y Basbarrá para sí, sus hijos y sucesores legítimos.

Y por otro de la misma fecha, se rehabilita el título de «conde de Villar de Fuentes» haciendo nueva

merced del mismo á favor de D. Javier Quiroga Avallé de la Maza para sí, sus hijos y sucesores legítimos.

Hé aquí los términos en que da cuenta *El Imparcial* de los graves acontecimientos de Murcia:

«Sabido que anteayer había salido de Murcia una columna de Guardia civil con dirección al monte de Miravete, los sublevados de aquel punto la dejaron pasar penetrando enseguida en la ciudad, donde la recibió el fuego de la escuadra guarnición de la plaza. Al mismo tiempo la partida de Montegudo, de 500 hombres, penetraba también por la puerta de Orihuela sosteniendo el combate con las tropas que desalojaron á los rebeldes de varios edificios importantes de que se habían apoderado.

Los rebeldes levantaron enseguida fuertes barricadas, continuando el fuego toda la tarde y hasta hora avanzada de la noche.

El gobernador civil se sostenía denodadamente en el edificio del gobierno con el auxilio de algunos agentes de orden público.

El puente que comunica con la ciudad estaba en poder de los revoltosos.

A las seis y media de la mañana de ayer continuó el fuego aumentando con la columna de Guardia civil y carabineros que había salido el día anterior, consiguiendo las fuerzas reunidas batir y dispersar completamente á los rebeldes, que huyeron en todas direcciones, sufriendo pérdidas considerables, á las diez de la mañana.

La tranquilidad se restableció en seguida, ofreciendo Murcia el espectáculo de que momentos después del encarnizado combate que había presenciado, se abrían los establecimientos y circulaban los vecinos por la población como en los días tranquilos.

El batallón cazadores de Barcelona que salió de Cieza á las doce y cuarto de la tarde, llegó á tiempo todavía para hacer 50 prisioneros entre los dispersos.

En los sucesos de Murcia hay que lamentar la muerte de un capitán de ejército, un guardia civil y ocho de los paisanos que se batían contra los insurrectos al lado del Gobierno.

La noche, decíamos ayer á nuestros suscriptores de provincias, ha pasado sin novedad; á pesar de los insistentes rumores que fijaban la hora de las dos de la madrugada para una manifestación enérgica de los intransigentes madrileños. El Gobierno tomó grandes precauciones y ocupó con las tropas y los voluntarios algunos puntos estratégicos.

Bejar se halla absolutamente incomunicada, ignorándose lo que ocurre en aquella ciudad destinada á ser el foco de insurrección en Castilla.

La comunicación directa con otros varios puntos se halla interrumpida; la agitación es grande en casi todas las provincias; en muchos puntos se reanuda la fuerza del ejército y Guardia civil y se declaran en estado de guerra las ocupadas por los sublevados.

Las noticias referentes á la insurrección de Linares, son contradictorias, pues al mismo tiempo que se confirma el abandono de aquella población por los federales y la entrada de algunas fuerzas del ejército, se asegura que preparan una tenaz resistencia. En Despeñaperros bajo la dirección del general Contreras, á quien otros suponen al frente de una compañía del ejército y la remonta de Córdoba, dispuesto á penetrar en esta ciudad, donde esperaba se le unieran más fuerzas.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS

PARIS 27.—En la Bolsa se han cotizado: El exterior id. á 85'77. El 3 por 100 francés á 52'87. El 5 por 100 id. á 83'25. El interior español á 25'95. El exterior id. á 29'65. LONDRES 27.—El exterior español á 29'12'1. El 3 por 100 portugués á 41'34.

VERSALLLES 27.—Corre el rumor de que se posibile una avenencia entre el Sr. Thiers y la mayoría de la Asamblea bajo la base de que primero se aceptaría el proyecto de responsabilidad ministerial, discutiéndose después las cuestiones constitucionales.

Las opiniones sobre el resultado de la crisis son, sin embargo, muy contradictorias.

SAN NAZARIO 27.—Ha llegado el vapor correo *Maritima*, procedente de Colon con la correspondencia para Europa del Pacífico y las Antillas.

PARIS 27.—El Sr. Thiers continúa recibiendo mensajes de adhesión firmados por individuos de los consejos generales y municipales.—F. B.

CÓRTESES

CONGRESO.

Extracto de la sesión celebrada el día 28 de Noviembre de 1872.

PRESIDENCIA DEL SR. RIVERA.

Abierta la sesión á las dos y media, fué leída y aprobada el acta de la anterior.

El Sr. CRESPO dirige una pregunta al ministro de la Guerra sobre los sucesos ocurridos en la cárcel de Valdepeñas.

Contesta el señor ministro que no han tenido importancia alguna y que el orden estaba restablecido.

El Sr. SAMPERE pregunta también al ministro de la Guerra sobre los sucesos que se han producido en la unidad de Barcelona fuerzas del ejército; y en vista de que el ministro contesta satisfactoriamente, ni D. Nicolás permite al diputado explicar su conducta, el Sr. Sampaere anuncia una intersección sobre el asunto.

Dióse lectura de una proposición pidiendo que el Congreso declare haber oído con disgusto una circular expedida por el ministro de la Guerra sobre las consideraciones que deben guardarse á los jefes y oficiales que, procesados por delitos comunes, hayan obtenido la vuelta al servicio.

En su apoyo dijo: El Sr. NOUVILLAS: Bajo el régimen parlamentario, los ministros de la Guerra se han sobrepujado á las Cortes y á la Corona, sin que hasta ahora se haya levantado en este recinto voz alguna para protestar contra tan enorme atentado á la Constitución, y para imponer fuerte correctivo á tamaños desafueros.

Si alguna vez se han traído aquí hechos concretos, particulares y quizá personales, se han querido disculpar amparándose del principio de autoridad y de la severidad de la disciplina militar, como si estos principios pudieran basarse nunca en la arbitrariedad y en el capricho de los ministros, ni cimentarse en la injusticia y en el escarnio de la moral pública.

Los ministros de la Guerra, modernos Sultanes.

El Sr. PRESIDENTE: Ruego á V. S. que use palabras convenientes y propias de este sitio.

El Sr. NOUVILLAS: No creo que haya ningún inconveniente en comparar á los ministros de la Guerra con los antiguos Sultanes de aquellos califas que...

El Sr. PRESIDENTE: A S. S. le parecerá conveniente esa comparación; pero sin embargo, no lo es, y le ruego que no la haga.

El Sr. NOUVILLAS: Respetuoso con el señor presidente, no acabaré la frase.

Se han hollado los derechos del ejército, se han mutilado, se han anulado las leyes de la milicia, se han rasgado una tras otra las hojas de la Ordenanza por los ministros de la Guerra y para satisfacer sus veleidades antojos, pasando por encima de las Cortes y de la Corona, unido poder legislativo que puede sancionar las leyes; han legislado de real orden, y lo han trastornado todo, armas é institutos, despreciando corporaciones y clases. Epoca hubo, y no muy lejana, que en mercado público se vendían cruces, grados y empleos. En otros tiempos la adulación, la intriga, el favoritismo y las influencias han

bastado para prosperar en la milicia, llegando el caso de darse recompensas por servicios imaginarios, y hasta por contratar á una célebre bailarina se ha dado el grado de brigadier.

Pero á pesar de tanta iniquidad y vilipendio, ni Narvæz con su irracional soberbia, ni O'Donnell con su estúpido orgullo, osaron nunca atentar contra la santidad de la cruz legítima.

Esto se hallaba reservado para un Gobierno radical que tuviera en su seno un ministro de la Guerra bastante acaudalado para desconocer por completo los fueros de la justicia. Esto es lo que ha hecho el ministro de la Guerra con la real orden circular que voy á leer al Congreso. (Su señoría leyó la misma real orden que cuando dirigió una pregunta al señor ministro de la Guerra, sobre este asunto.) Recordaréis que en sesiones anteriores tuve que tocar por incidencia esta cuestión que yo no provoqué; se me apostrofó entonces presentándose como calumnias de la honra del ejército, diciendo el señor ministro de la Guerra que no conocía ningún oficial que fuera indigno de pertenecer al ejército. Es tanto más extraño que diga esto, cuanto que pocos habrá que puedan conocer mejor que S. S. los antecedentes de todos y cada uno de los oficiales, puesto que hace treinta años que en todas épocas y ocasiones viene desempeñando una u otra dirección ó el ministerio de la Guerra.

Y sin embargo, en los mismos momentos en que se daba tan solemnes mentiras á mis palabras, se había expedido la real orden que acabo de leer, real orden que manifiesta de una manera bien clara y terminante que es exacto que en el ejército había oficiales sentenciados y expulsados por delitos comunes.

Del contexto de esa misma real orden se desprende que el señor ministro de la Guerra tenía la convicción de que era crecido el número de los oficiales que se hallaban en ese caso; pero, ¿habrá podido observar el Congreso que se piden informes reservados para evitar la alarma, y ésta no puede haberla cuando el número es escaso.

Pero se añade en la real orden, que no se hablé más de los oficiales que puedan encontrarse en ese caso, porque han sido ya perdonados; y yo le ruego al señor ministro de la Guerra me diga qué autoridad los ha indultado y en virtud de qué ley lo han sido.

¿Cree S. S. que el haber ingresado en las filas del ejército en momentos de confusión, en los primeros instantes del movimiento revolucionario, puede tener fuerza de indulto, cuando han ingresado cometiendo una enorme falta, un fraude, encubriéndose con la capa política para ocultar sus delitos?

¿Y cómo pretende S. S. remediar esos males? Apelo á informes secretos, que han de dar jefes que apenas pueden conocer á los oficiales, con el constante movimiento en que están de unos á otros cuerpos. Podrán informar sobre las hojas de servicios y las notas que en ellos aparezcan, pero esto puede hacerlo desde luego el director de infantería ó el ministro de la Guerra, y los capitanes generales y el Consejo Supremo, respecto de las sentencias que hayan sido acordadas. ¿Cómo han de poder clasificar á esos oficiales los directores de las armas, sin un informe de los jefes, que no pueden conocerlos tampoco, porque á sus órdenes sólo han servido un mes ó dos cuando más? Todo director que tenga conciencia dejará su puesto antes de hacer semejante clasificación ¿Y para qué? Para resolver S. S. los puntos ¿Y en qué términos resolverá? ¿Está V. S. autorizado para resolver por sí y ante sí, ó tiene que consultar á los tribunales que han entendido en los delitos cometidos?

Trata S. S. de dar una amnistía por su propia autoridad? Pues qué, ¿ignora que no se han dado nunca amnistías por delitos comunes, y que las amnistías, aun siendo por delitos políticos, se dan por leyes votadas en las Cortes y sancionadas por la Corona? ¿Ignota S. S. que esas mismas amnistías no es el señor ministro de la Guerra el que las da, sino los tribunales que han entendido y fallado?

¿Cómo quiere S. S. resolver por sí mismo este asunto? ¿Cómo se atreve á erigirse en poder sobre todos los poderes, y en postol sobre todas las demás potestades? Yo desearía que el señor general Gandara me dijera si está conforme con la circular de que me ocupo. (El señor general Gandara pidió la palabra para una alusión personal.)

Poco há he tenido el apoyo de la proposición que he tenido el honor de presentar. Esta no es una cuestión política, porque se trata de delitos comunes, y no discuto siquiera si deben ser ó no absolutos los que los hayan cometido por sus servicios posteriores. De lo que yo me ocupo es de esa facultad omnimoda que se ha arrogado el señor ministro de la Guerra, creyéndose bastante autorizado para borrar la huella de la mala conducta de algunos oficiales y el rastro de algunos delitos. Yo ruego á los señores diputados que no aprueben de ninguna manera esa real orden que da ese poder omnimodo al señor ministro de la Guerra, y que pone á su disposición la suerte de los oficiales del ejército, disponiendo de ella caprichosamente, sin informes, sin que se sepa si el señor ministro general, absolviendo á unos y condenando á otros. Eso pudieran hacerlo los tribunales, pero no el señor ministro de la Guerra.

El señor ministro de la GUERRA: Los que hayan oído al señor general Novillas graves acusaciones que me ha lanzado, habrán creído que me he arrogado facultades que las leyes no me conceden, obrando como un sultán, con que S. S. me concedan, habrán podido creer en una palabra, que para el ejército no hay garantías, no hay inmunidad, no hay leyes, porque el ministro de la Guerra las ha vulnerado con esa real orden. El señor general Novillas quiere hacer de este asunto una cuestión de moralidad militar, y presentándose como un campeón de la disciplina, del honor y de la gloria del ejército, constituyéndose en mi juez, se ha dirigido á mí habiéndome llamado S. S. me he conmovido, porque estoy seguro de que la Cámara, el ejército y el país las apreciarán como es debido. Esta cuestión parece traída aquí para alarmar á los diputados, celosos por el cumplimiento de las leyes, y para alarmar al ejército al saber que un general acusa al ministro de la Guerra de apropiarse facultades que no le corresponden. Pero yo he de probar de una manera clara y sencilla, que el ministro de la Guerra no se ha excedido de sus facultades, y que el señor ministro de la Guerra, que ha pertenecido al Tribunal Supremo de la Guerra, quiera privar á esos individuos de la garantía de los tribunales, para sujetarlos á una providencia gubernativa.

Profeso el principio de que la Ordenanza impide á los Gobiernos separar á ningún oficial que no haya pasado por un consejo de guerra de oficiales generales, y por el Tribunal Supremo. ¿Qué sucede cuando los expedientes de los oficiales que han pasado por el tribunal competente, pues esto mismo debe hacerse en el ejército, y así lo he sostenido yo siempre.

Después de la revisión de 1843, se introdujo en el ejército un sistema que ha sido combatido por todos los hombres liberales del país, y por muchos que no han pertenecido á la escuela liberal, y que consistía en formar expedientes gubernativos en las direcciones de las armas, para dar, oyendo únicamente á una junta de directores, la licencia absoluta ó el retiro á los oficiales del ejército culpables de alguna falta. Este sistema, que había sido objeto de censuras por parte de las Cortes y por parte de la opinión pública, se había desarrollado de tal manera antes de la revolución del 68, que en todas las direcciones, y especialmente en las de infantería existían centenares de expedientes de esa clase, separándose á oficiales por tener deudas ó por hechos de antigua fecha, por medio de esos expedientes que no pasaban por el Tribunal de Guerra y Marina, como está preceptuado en la Ordenanza del ejército.

Hace ocho ó nueve meses creyó el entonces director de infantería que podía volver á instruir ese género de expedientes, resultando de aquí que aquel sistema de los Gobiernos anteriores á la revolución, se iba á plantear en nuestros días. Indudablemente en manos de un Gobierno que respetase poco los intereses del ejército hubiera sido este un arma de retiro, para que se podía haber llegado á separar á los oficiales por causas puramente políticas.

Veamos ahora con qué derecho y con qué razón han venido al servicio algunos de los oficiales á quienes se ha referido el Sr. Novillas. Algunos de ellos han venido por virtud de acuerdos y disposiciones de las juntas revolucionarias. Esto no está arreglado estrictamente á la justicia, pero es un Gobierno revolucionario. Ya sé yo que el Sr. Novillas no profesa como militar principios tan severos como los que profesa como hombre político; ya sé yo los desacuerdos que tiene S. S. consigo mismo y con su partido, pero nosotros no hemos de tener ciertas obligaciones que S. S. tiene.

Yo, como ministro de la Guerra, tengo que conciliar los altos deberes que como militar tengo, con los que me impone la revolución, en la cual he entrado voluntariamente. Los acuerdos y las disposiciones de las juntas revolucionarias vinieron á la aprobación del general Prim, ministro de la Guerra, y el general Prim, después de haber informado de todo, y después de haber examinado el asunto con el debido detenimiento, aprobó en unos casos y desechó en otros lo que las juntas habían hecho. Y yo pregunto á S. S. ¿y á todos los señores diputados: ¿tiene autoridad el ministro de la Guerra para desahogar lo que un antecesor suyo ha hecho? No. Eso sería la tela de Penélope. Una vez admitido por un ministro un oficial en las filas del ejército, no puede otro ministro separar á ese oficial. Si lo hiciera, entonces sí que sería un verdadero Sultán; entonces sí que mecería ese título que S. S. ha dado á compañeros que han servido en el ministerio de la Guerra, y á quienes S. S. debería respetar, aunque no fuera más que por las consideraciones que se deben mutuamente los compañeros y los generales del ejército.

Vino el expediente á la resolución del ministerio sin que yo hubiera tenido la menor participación ni en su formación ni en su marcha; pasó al Consejo de la Guerra, y van á ver los señores diputados lo que el Consejo, por medio de su fiscal, con cuya opinión se conformó, dice:

«Pero al mismo tiempo que las anteriores consideraciones, el fiscal cree que no pueden menos de tenerse en cuenta los hechos consumados, porque han dado derechos á los individuos que, despedidos del servicio ó retirados, volvieron á actividad y que puedan haber contraído méritos que deban tenerse presentes, así como si por su conducta posterior se han hecho acreedores á la consideración del Gobierno».

En otro párrafo, y refiriéndose á la concesión de cruces de San Hermenegildo, dice ese Consejo, al cual S. S. debía tener más respeto y consideración, siquiera por haber pertenecido á él:

«Y como quiera que esto redunda en perjuicio de tercero, pues el abono de tiempo perjudica al Estado, por los mayores derechos pasivos que alcanzan los interesados, y el de la antigüedad, el fiscal cree en el deber de llamar la atención, por si se estima oportuno establecer la debida diferencia entre el separado por causas políticas y el que lo fué por delitos comunes, aunque prestase servicios en favor del último alzamiento nacional».

Es decir, que el Consejo justifica la vuelta al servicio de estos oficiales, sin más diferencia que la de haber concedido á unos y negado á otros la antigüedad. Si el Sr. Novillas hubiese esperado á que estuviera aquí el expediente que pido hace tres ó cuatro días, se hubiera convencido de que el ministro de la Guerra no se había tomado esas facultades que S. S. le atribuye. Como una prueba de ello, y para que los señores diputados vean cuán inexacto y cuán infundado es este cargo, por más que está demostrado en la real orden que S. S. ha leído, voy á leer la resolución adoptada por el ministro de la Guerra.

«No corresponde en la forma que se propone por el director general de infantería, ni al Consejo, ni al ministro, volver sobre hechos pasados para anular las disposiciones gubernativas dictadas por los Gobiernos anteriores á nombre del Regente ó del Gobierno provisional. Entrar para ello en minuciosas investigaciones sobre el ejército en diferentes situaciones, que es el principal deber de los que para ordenar la justicia á informes interesados ó apasionados, aunque sea con los mejores y más buenos principios militares, porque se trata de convertir en arma de partido lo que en todo caso sólo podría ser motivo de procedimientos judiciales.

La dirección de infantería, al hacer las clasificaciones que periódicamente se hacen de los años, en algunas clases y hasta cierto límite de las escalas, no está ni se puede facultar para proponer por medio de la clasificación el que se anulen por expedientes gubernativos las gracias é indultos concedidos. Lo que le corresponde hacer en dichas clasificaciones, es examinar, para proponer á la sección de Guerra del Consejo de Estado, si los que son objeto de la consulta merecen por sus notas, antecedentes y conducta posterior las clasificaciones de que se son aptos para colocación, para el ascenso ó para continuar en sus empleos, como se ha venido practicando desde hace muchos años.

Otra cosa, repito, sería poner en tela de juicio lo que ya ha sido indultado ó perdonado, dando al olvido lo pasado, y producir el principio de las clasificaciones que el principal deber de los que para ordenar la justicia á informes interesados ó apasionados, aunque sea con los mejores y más buenos principios militares, porque se trata de convertir en arma de partido lo que en todo caso sólo podría ser motivo de procedimientos judiciales.

Finalmente, la iniciativa para proceder contra los jefes y oficiales judicialmente, corresponde á los capitanes generales y autoridades que por ordenanza se señalan. Los expedientes instructivos no han de ser los medios para que se haga en justicia contra el oficial, menos cuando se trata de cosas tan graves para su honra, como el haber cometido delitos políticos.

Ya ve S. S. que no me he arrogado la facultad de conceder indultos y amnistías; precisamente he combatido siempre ese sistema. Es que el Sr. Novillas se ha olvidado de tal manera, que ha creído que he hecho lo contrario precisamente de lo que he hecho. Y ahora juzgue el Congreso. ¿Puede haber más respeto hacia el derecho del oficial? Sin duda el señor Novillas, ocupado en cosas más graves para su honra, no ha podido fijar su atención en esto.

¿Qué es lo que el Sr. Novillas pretende con su proposición de censura para el ministro de la Guerra? ¿Qué es lo que desea que haga mi sucesor, caso de que yo sea censurado por la Cámara, ó qué haga yo si lo soy? ¿Quiere que destruyamos lo que la revolución ha hecho? Pues eso no lo haré yo. ¿Desea que se emplee el procedimiento de los expedientes gubernativos? Tampoco lo haré yo, y lo dejo al liberalismo republicano de S. S., en la seguridad de que no opinarán como S. S. sus compañeros de la minoría. ¿Quiere que yo, por mi propia autoridad, anule lo que hizo el general Prim? No haré nunca tal cosa. Su señoría lo podría hacer, puesto que sirviendo á las órdenes del general Prim, estuvo siempre en continua oposición contra el

Prim, que respetó la memoria y los actos del general Prim, no lo he de hacer, aunque recibí 20 censuras de la Cámara. ¿Quiere el Sr. Novillas que con providencias arbitrarias, lleve la desconfianza y el descontento al ejército? Tampoco he de hacer eso, porque equivaldría á convertir el ministerio de la Guerra en un tribunal inquisitorial, y la disciplina quedaría destruida por completo. Además, como he dicho antes, si hoy se aplicara este criterio á delitos comunes, mañana se aplicaría á delitos políticos por cualquier causa. S. S. mismo sería víctima de este sistema, puesto que habiendo jurado al Rey y habiéndose después proclamado republicano, con un expediente gubernativo se le podría quitar á S. S. el empleo (El Sr. Novillas: Pues ¿lo hagan); pero yo no quiero eso. Yo, que respecto los servicios prestados por el Sr. Novillas, no podría hacer una cosa con lo cual podría quedarse S. S. sin empleo, por haber fallado á sus deberes en lo que ha jurado.

Los principios con que he gobernado y gobernaré en el ministerio de la Guerra, son muy sencillos. En lo gubernativo haré únicamente lo que sea indispensable, y por eso he traído en los presupuestos todas las disposiciones que otros ministros han tomado gubernativamente. Nada de arbitrariedad por mi parte: todo lo que corresponde á los deberes de oficial, cúmplalos ó no, lo mandare á los tribunales.

Estos son los principios que el Gobierno radical emplea en otros procedimientos, y no ha de ser el ministro de la Guerra quien se separe de la política de sus compañeros. Si á S. S. y á sus compañeros no les parece esto bien, y la mayoría de la Cámara estuviera de acuerdo con S. S., yo no permanecería en este banco ni veinticuatro horas.

El Sr. Novillas empezó por decir que los ministros de la Guerra se han arrogado todos los derechos que corresponden á la autoridad del Rey y de las Cortes. Pues yo explico á S. S. que señalo un hecho, que es que yo he sucedido, y si S. S. no le señala, quedará probado que no ha tenido razón al atacar al ministro. También está S. S. en el deber de demostrar que los ministros han hollado los derechos de los oficiales y han rasgado las hojas de la Ordenanza. Quien no ha conocido los artículos de la Ordenanza ha sido S. S., pues siempre que ha hablado de ella ha sido para quitarle la autoridad que le conceden todos los militares que no tienen las ideas de S. S.

Que han desorganizado los ministros de la Guerra las armas é institutos del ejército. Yo no he hecho nada en este punto, y todas las reformas las he dejado para la discusión de los presupuestos. ¿O es que cree S. S. que es una desorganización el haber dado las licencias á los soldados que han cumplido?

Su señoría, haciéndose eco de vulgaridades, ha hecho el cargo, no sé á qué ministro, de haber dado un empleo de brigadier por la influencia de una bailarina. Yo no conozco un general que haya hecho tal cosa, y no creo que en ninguno de nuestros partidos haya generales de esa clase. Si señoría no puede echar esto borrar sobre nadie. Hable S. S. claro, y diga á quien se refiere, para que si no es cierto, no se pueda decir que hay un brigadier que da esa manera ha obtenido ese empleo; y aunque fuera cierto, siquiera por patriotismo y por amor al ejército no ha debido decirlo S. S.

Pero S. S., contradiciéndose á sí propio, en un arranque verdaderamente militar, ha dicho que hay pocos oficiales que no sean dignos de ser oficiales. Entonces ¿por qué exige S. S. que el ministro de la Guerra investigue los delitos y faltas que haya cometido cada uno de los oficiales?

Decía S. S.: «¿se pretende apelar á informes secretos para proceder contra algunos oficiales?» Ya he dicho que ni á secretos ni á públicos, porque el ministro de la Guerra tiene interés en que en todos los casos se proceda con entera justicia por quien corresponda.

¿Pretende S. S. dar indultos? decía el Sr. Novillas. No; yo no he dado ninguno, porque este es un derecho del Rey, quien al acordarlos oye previamente al tribunal competente, y añadió el Sr. Novillas: ¿ó va á dar S. S. una amnistía? El Gobierno no se permitirá nunca nada que competa al poder legislativo.

Y con esto queda también contestado S. S. en la parte relativa á si yo me arrogaba la autoridad de borrar los delitos. Para lo que yo no tengo autoridad es para castigar delitos que han sido perdonados y cuyos autores han sido absueltos.

Estoy fatigado, y me siento, en la confianza de que la Cámara resolverá lo más justo y acertado.

El Sr. GANDARA: Siempre tengo la desgracia de que mis ideas no sean comprendidas por el señor Novillas. Hoy nos ha dicho, interpretando como ha tenido por conveniente la real orden que ha leído, si eran esas las facultades que yo quería darle al ministro de la Guerra.

Yo recuerdo á S. S. lo que dije el otro día. Su señoría provocó la cuestión de la revisión de hechos de servicios, y dijo que los oficiales que por comisión de delitos comunes habían sido separados de las filas y vuelto á ellas, deshonraban el uniforme que vestían. Yo me asocié al pensamiento de S. S., y le dije que si había oficiales que deshonraban su uniforme, le ofrecía mi firma para presentar una proposición de ley con objeto de que esos oficiales fueran separados.

S. S. ha presentado hoy la proposición y no ha contado con mi firma, sin duda porque esa proposición tiene un carácter político. ¿Hay oficiales que deshonran el uniforme que visten? Pues deben ser separados para purificar el ejército y para evitarle el sentimiento que le debe causar una deshonra que viene sobre él. ¿No los hay, como ha dicho el señor ministro de la Guerra? Pues ante la manifestación del señor ministro y ante la lectura del informe del Consejo Supremo, los militares no tenemos más que bajar la cabeza; pero si S. S. cree aún que hay oficiales que deshonran su uniforme, insisto en ofrecerle mi firma para que presente una proposición.

Las facultades que yo quería dar al señor ministro de la Guerra, eran para que dijese á aquellos oficiales que habían jurado defender al Rey y á las instituciones liberales, y que después habían faltado á sus deberes, que no merecen la confianza del ministro de la Guerra ni de nadie, porque no sólo habían faltado á sus deberes como militares, sino como hombres de dignidad.

Sobre la revisión de las hojas de servicio, insisto en creer que desde el momento en que se ha hecho de ella un arma

